El contramaestre Carzola

Jesús Torres Chavera

La ceremonia fue austera. La colocación de ofrendas, la proclama y el desfile se cumplieron en el tiempo estipulado. Finalmente, cuando las salvas de honor tronaron confundidas con los clarines y redoblantes, la Plaza Grau chalaca, ubicada frente al mar, se vio atestada de público. De entre aquel entusiasta gentío se destacó una figura inconfundible para muchos... ¡El contramaestre Carzola!

Los años apenas si habían dejado huellas en su físico, sólo el tono claro de su cabello denotaba cierta semblanza patriarcal. Después del saludo y de un cálido abrazo inquirió fulminante en tono de broma:

–¿Y mi maquinita de afeitar?

La interrogación no me tomo desprevenido, la intuía.

–Aún la uso, y a pesar de haber tratado de sustituirla, ninguna pudo acomodarse mejor.

Entablado el diálogo arrumbamos al Muelle de Guerra donde apoyados en su balaustrada, conversamos largo y tendido. Los recuerdos se remontaron hasta los lejanos días previos a nuestro encuentro a bordo del petrolero B.A.P. *Sechura*. Las imágenes retrospectivamente se agolparon en la mente, inicialmente difusas, luego casi corpóreas.

Eramos bisoños grumetes y nuestro primer destino fue la Escuela Naval, en La Punta. Comparándola con la Estación Naval de San Lorenzo, la Escuela Naval fue como ir del infierno al paraíso. Allí teníamos agua dulce todo el día, abundante rancho, francos día por medio, además de una función de cine semanal; y como estábamos en verano llenábamos los ojos con las lindas bañistas.

Una cuadra de añosas maderas fue nuestro alojamiento. Desde allí veíamos por las tardes a los cadetes, tan jóvenes como nosotros, en sus diarias actividades deportivas. Más tarde muchos egresaron como destacados oficiales. Con la llegada

del invierno nuestro paraíso empezó a refrescar. Las guardias nocturnas nos aguijoneaban con el frío y la humedad, siendo el puesto de Punta-Punta, en el extremo sur, el más temido, porque de cuando en cuando las olas lamían su base amenazando introducirse en nuestro cubil. En fin, éramos voluntarios y "asimilamos el castigo" hasta la llegada de otro grupo de novatos que cubrieran las guardias menos "tibias", cumpliéndose asi la ley del más antiguo.

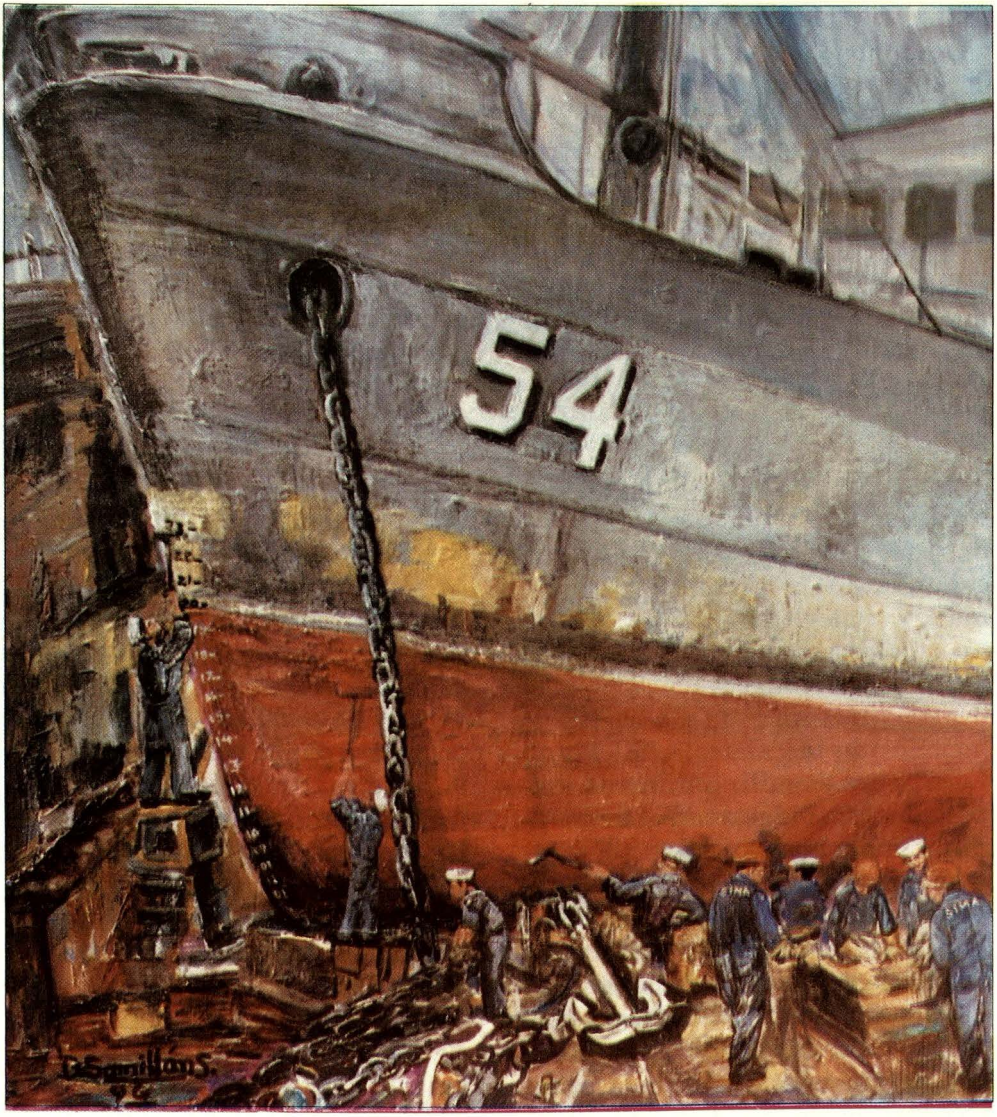
Pero ser antiguo sin haber navegado empezó a ser un desafío. Todos queríamos sentir los pies plantados en la cubierta de un barco y aprender a llevar el cuerpo aun en los más pronunciados balances, o situarnos en lo alto del puente y extasiarnos contemplando de tarde en tarde el reguero de luces iluminando algún puerto lejano.

Felizmente llegó el día en que cambió nuestra suerte y varios de nosotros, coys al hombro, fuimos en calidad de depositados a bordo del petrolero *Sechura*, iniciando lo que más tarde sería una valiosa y romántica experiencia marinera que marcaría nuestas vidas por siempre.

Inicialmente no nos hicimos a la mar. En aquellos días nuestro futuro buque se encontraba en el dique seco del Servicio Industrial de la Marina (SIMA) para su carenado y recorrido anual. Allí lo abordamos a mediados de agosto de 1960. Estaba en calzos y apuntalado por doquier desafiando la gravedad. Nos pareció inmenso a pesar de sus 385 pies de eslora, 52 de manga y aproximadamente 9,000 toneladas de desplazamiento.

Al transponer la pasarela y pisar por primera vez su cubierta metálica comprendimos que allí realmente se trabajaba. Aquí un ruidoso rasqueteo, allí un piqueteo incesante; los hombres con sus herramientas manuales, eléctricas y neumáticas parecían desafiar al reloj. Las emanaciones del azarcón que más tarde se nos harían tan familiares ascendían desde las sentinas hasta disiparse arriba, en la cruceta del trinquete. Hacia la proa, y desde el fondo de su pañol, la cadena del ancla parecía trepar como una gigantesca serpiente de hierro hasta el escobén, por donde se descolgaba hasta el fondo del dique, en donde también sería objeto de un prolijo mantenimiento. Mientras que en popa obreros calificados extraían con ayuda de grandes tecles la hélice que con leves muestras de desgaste y llena de incrustaciones, contrastaba con el bruñido eje. El timón, que también yacía por allí, parecía una gigantesca rebanada de pan tostado. Respirábamos hondo al pensar que de un momento a otro nos veríamos enrolados en aquella febril rutina.

En la primera semana nuestras trazas empezaron rápidamente a cambiar. Inicialmente la ropa se tornó de un falso color que recordaba el olvido, las gorras no guardaban ni en las costuras su color original. Nuestras manos se ampollaron por



"En dique", acrílico del pintor David Samillán S.

el uso de rasquetas, picos y escobillas metálicas. Uñas, manos, brazos, y hasta gruesos mechones de cabello se nos embadurnaban de pintura con asombrosa rapidez por la falta de práctica.

Algunas veces nuestra faena la hacíamos a bordo, ya sea en alguna cubierta, mamparo o compartimento; otras veces la efectuámos en el fondo del dique ayudando a un grupo de operarios de overall oscu-

ro que, como descomunales hormigas, aguijoneaban con largos raspadores las planchas de la obra viva, desprendiendo las ampollas de herrumbre, yuyos y las compactas colonias de diminutos choros.

Los días pasaron volando, tornándose cada vez más fuertes y curtidas nuestras manos. Consiguientemente, hubo un mejor y racional uso del material.

Después del toque de diana venía el desayuno y luego en formación íbamos hasta el portalón desde donde cada quién se dirigía a su área asignada. A media jornada los marinos y civiles que laborábamos conjuntamente teníamos rostros y manos renegridos por el sudor mezclado con el óxido y residuos oleaginosos. Así ascendíamos, cual densa marea, inundando las instalaciones de la cafetería "El Perno Loco", para engullir butifarras, empanadas y bebidas o café. Luego retornábamos abstrayéndonos nuevamente en la tarea, hasta que el ascendente aullido de la sirena que anunciaba el término de la jornada nos hacía encaminar en tropel a las duchas para tratar de quitarnos la traza de seres desenterrados. Después de una veloz acicalada salíamos de franco.

En aquellos días una visión panorámica de los alrededores del dique, los talleres y el astillero, denotaban como hoy, una intensa actividad. Desde el momento en que ingresaban los buques hasta que se retiraban, el movimiento no conocía tregua. Ingenieros, técnicos, obreros y marinos comulgaban unidos en el recio trabajo, sucediéndose los turnos uno tras otro. El vibrante sonido provocado por las herramientas era como las notas de un gigantesco himno al trabajo. El dinamismo mostrado por estos hombres era admirable. Eran hombres originarios de todos los lugares del Perú, como el señor Burgos y el contramaestre Carzola, por ejemplo.

El señor Burgos era un trabajador ya mayor, de mediana estatura y un tanto rechoncho. Su cabeza pequeña, sus orejas cortas, sus ojos saltones y su hirsuta barba le daban la apariencia de un lobo marino. Casi siempre vestía pantalón y camisa de marinero en faena, en invierno se abrigaba con una chompa azul de cuello alto y un raído gabán del mismo color. Su testa de escaso pelo la coronaba con un gorro, también de marinero, extendido completamente cubriendole el cogote. Unas gastadas y viejas botas de goma le servían para proteger sus pies. Todo en él indicaba un tiempo indefinido y jamás conocí su edad. Todos lo llamaban "Burguitos" a secas.

Años despues su figura nos sería muy familiar trajinando por algún lugar de la Base Naval, ya sea por la poza o talleres del dique, así como a bordo de alguno de los diversos buques amarrados a muelle. Aclararemos que el momento predilecto de su aparición era durante las horas de rancho. Los kukis o rancheros se referían a él como "la Draga" ¡... por la cantidad de comi-



El BAP Sechura *en aguas de puerto.*

da que digería! Del buen "Burguitos" se comentaban las más disparatadas anécdotas (¡aseguraban que en una oportunidad había sido colisionado por un buque!). En fin, fue un personaje conocido y que a todos conocía, siempre anduvo risueño y servicial. Yo lo imaginaba como un regordete ekeko lejos de su terruño.

Más tarde, cuando concluyeron los trabajos a bordo, el dique fue inundado y el B.A.P. *Sechura* salió con una renovada estampa. Acoderada en el muelle antedique y sin ningún lastre, su borde presentaba una descomunal elevación, parecía un gran castillo a flote. Desde allí alcancé a divisar a "Burguitos" silbando de pie en un chinchorro, retiraba algunas maderas que flotaban en la poza. Realizaba su tarea con tanta responsabilidad que seguramente imaginaba ser el capitán de un navío.

Muy temprano al otro día nos esperaba una agradable sorpresa: saldríamos a probar máquinas. Apoyamos voluntariamente a bordo a nuestros compañeros mayores durante la maniobra de zarpe. Cobramos algunas espías y alguno hasta se animó a volear un "givilay". "Burguitos", infaltable, ayudó solicito en el muelle. Y cuando hubo desembarcado el práctico y traspu-

simos la última baliza que señalaba el canal de ingreso al puerto, nuestro estómago quiso cambiar abruptamente de localización, y es que como el buque salía con los tanques vacíos, éstos aumentaban su flotabilidad, aumentado consecuentemente los estragos de nuestra primera borrachera de mar por los continuos bandazos y cabeceos.

Al retornar por la tarde al amarradero, nuestro comandante comprobó a satisfacción los trabajos efectuados por el SIMA. El buque quedó expedito para operar. Nosotros traíamos en nuestros haber las primeras millas navegadas y nos sentíamos henchidos de orgullo.

En aquellos días, imberbes aún, sólo una tenue sombra de bozo caía desde el labio superior bifurcándose hacia la barbilla. Y ya sea que con el afán de lucir más acordes con nuestra flamante condición de tripulantes cancheros, o tal vez con la intención de borrar algún resto de pintura, aquel día decidimos empezar a razurarnos. Esta circunstancia hizo que conociera más de cerca al contramaestre Carzola.

Moreno, alto, de pronunciadas mandíbulas, cabello lacio azabache, bigotes muy bien delineados y unos anteojos de gruesas lunas enmarcaban su rostro. Chalaco, desde muy joven se enroló también como voluntario en nuestra Armada.

Acudí a él en demanda de un préstamo: su maquinilla de afeitar... ¡incluida la hoja, claro! El contramaestre accedió no sin antes bromear refiriendo que el bozo se extirpaba con una buena lavada de cara.

La maquinilla en mención era de cobre, constaba de tres partes y se desarmaba desenroscando el manguito. Las hojas que utilizaba eran aquellas que en colegio utilizábamos para sacar punta a los lápices, las conocidas como "yilé".

La operación fue rápida. La maquinilla se deslizó veloz con la espuma del jabón . Primero de arriba hacia abajo y luego a la inversa por cada carrillo; después arrazó con todo vestigio piloso crecido a la sombra de la quijada y, finalmente, con cierta nostalgia de nuestra parte, la hoja barrió inmisericorde el bozo que ya creíamos ver como erguido mostacho. Al final del ceremonial del primer afeite, la sensación de ardor fue sofocada con abundante agua fría y un poquito de loción gorreada también al derecho contramestre.

Ahora el espejo reflejaba nuestra nueva imagen, más nítida y enfocada. El lavabo se llevó para siempre las pilosidades que sombrearon la imagen al carboncillo de un jovencito que, como muchos, quiso ser marinero y navegar por los siete mares.

Así iniciamos el ritual de los hombres velludos que tratan de parecer lampiños. Aquella tarde no lo imaginé, pero, sin saberlo, en aquel momento iniciaba un salto en el tiempo, porque pasarían muchos años antes de ver nuevamente al contramaestre Carzola.

En efecto, al no poder retornar-

le su maquinilla porque él ya había iniciado su franco, no tuve más remedio que guardarmela para hacerlo el día lunes. Pero, como siempre, el devenir tiene sus propios rumbos ajenos a los humanos deseos. Pues resulta que ante una urgencia el *Sechura* hubo de hacerse a la mar el sábado por la noche, para lo cual se ubicó y llamó a bordo a toda su dotación excepto a nosotros, los "depositados".

Cuando nos enteramos de los hechos y encontramos el muelle vacío, una amarga desazón nos embargó... ¡nuestra primera travesía se nos iba de las manos! Para consolar tamaña tragedia sólo tuvimos las bromas de "Burguitos" que, apoyado en una bita y mirando el horizonte, comentó:

- Ustedes perdieron el viaje...¡yo pierdo mi desayuno!

Hoy puedo decir que ese salto en el tiempo duró hasta hoy... ¡35 años después!

Al concluir nuestra conversación concluyó también aquel proceso regresivo de imágenes que terminaron por diluirse. El viejo contramaestre Carzola parecía revitalizado con el avivamiento de los recuerdos: Nos despedimos cuando en los buques de nuestra escuadra, fondeados en la rada chalaca, arriaban el empavesado de gala y el farito del Muelle de Guerra empeza a guiñar el ocaso.

